

MIS AÑOS DE PROFESOR: VIEJAS HISTORIAS DE EL VILLAGE

Juan GOYTISOLO
(Escritor)

A Linda Gould Levine

Palabras clave: Juan Goytisoló profesor, Nueva York (Village), memorias

Resumen: El autor evoca algunas historias vividas en su condición, esta vez, de profesor universitario en Estados Unidos de América.

Mots-clés: Juan Goytisoló professeur, New York (Village), memoires

Résumé : L'auteur évoque quelques histoires vécues dans leur état, cette fois, l'enseignant l'université aux États-Unis.

Keywords: Professor Juan Goytisoló, New York (Village), memories

Abstract: The author evokes some stories lived in their condition, this time, teacher university in the United States.

El bagaje de lo aprendido en mis años de profesor visitante en diversas universidades norteamericanas no tiene precio. Primero en California, luego en Boston y por fin en Nueva York, colmé muchas lagunas de mi paticoja educación española y accedí a nuevas

y aguijadoras perspectivas de nuestra cultura e historia. La libertad de enseñanza de la que disponía y el contacto fecundo con estudiantes y, sobre todo, estudiantas muy motivadas, fueron el punto de partida de mis incursiones en temas que de otro modo habría ignorado, como el descubrimiento de la obra inglesa de Blanco White cuyos originales dispersos pude procurarme gracias a las excelentes bibliotecas a mi disposición y al eficaz sistema de préstamos interuniversitarios en unos tiempos en los que Wikipedia no existía y no podía poner todo el saber del mundo al alcance de la mano.

Los Departamentos de Estudios Hispánicos, de ordinario incluidos en los de Lenguas Románicas, acogían por aquellas fechas a un buen puñado de profesores (norteamericanos, hispanoamericanos o peninsulares) que por no hallarse sujetos a los cánones del nacionalcatolicismo español analizaban las obras de nuestros autores con mayor amplitud de miras que en nuestros predios. Su lista no cabe aquí y me limitaré a citar a Francisco Márquez Villanueva, a quien conocí en Massachusetts y con el que mantuve una estrecha amistad hasta el fin de sus días. Mas junto a este semillero de futuros estudiosos, en el curso de mis visitas a universidades de menor renombre, me topé también con algunos casos de la castiza picaresca hispana, como el de aquel conferenciante que se presentaba como ganador del premio Nadal sin serlo o el de un dramaturgo cuyas obras, supuestamente prohibidas por la censura franquista, no fueron jamás estrenadas al levantarse ésta, con lo que su aureola de resistente se desvaneció.

Entre las anécdotas de aquellos años tan ricos en experiencias de toda índole, evocaré tres en la medida que revelan mis vicisitudes de entonces en el ámbito de la dinámica y estimulante sociedad estadounidense sacudida por el asesinato de Martin Luther King, las manifestaciones contra la guerra de Vietnam y las revelaciones de Watergate que acabaron con la presidencia de Nixon.

1. Durante uno de mis cursos en NYC, el *chairman* del Departamento me pidió que formara parte del jurado que debía examinar una tesis de doctorado consagrada a Miguel de Molinos. El autor de la misma era un estudiante no inscrito en ninguna de mis clases pero a quien conocía de vista por su llamativo aspecto quevedesco y su pertenencia a la tuna universitaria española que frecuentaba de noche con sus guitarras y canciones los animados locales de El Village. Inútil decir que ello no me predisponía a su favor, pero dejé mis prejuicios a un lado e inicié la lectura del texto mecanografiado con intrigada curiosidad. Conforme avanzaba en ella tuve una extraña sensación de familiaridad con su contenido, como si lo hubiera leído ya en algún libro. A falta de un internet puntual, la bibliografía en la materia se ceñía al ámbito hispano: desde las páginas incendiarias de Menéndez Pelayo sobre el heresiarca a las incentivadas anotaciones de José Ángel Valente a su lenguaje místico. De repente me vino a la memoria el capítulo sobre él, que figura en la gran obra de Leszek Kolakowski, *Cristianos sin Iglesia*. Fui a la biblioteca de la universidad, me procuré un ejemplar de su edición inglesa y me puse a cotejarlo con la tesis del tuno. ¡Se trataba de una mediocre traducción con pequeños añadidos de su cosecha! Para evitarle el bochorno de su comparecencia en la fecha fijada para la defensa de su tesis, le invité a mi despacho, le mostré el libro de Kolakowski y le aconsejé que cancelara la reunión. El tuno acogió mis palabras con las orejas gachas y desapareció para siempre no solo del Departamento sino del Village. Añadiré que al releer recientemente el ya citado capítulo de *Cristianos sin Iglesia*, en el que se examinan las acusaciones de lascivia y promiscuidad sexual con las beatas de su convento formuladas contra Molinos, di con una frase de su autor que merece ser rememorada: «nada nos escandaliza más en la conducta sexual de los demás que nuestra propia bajeza».

2. En la clase inaugural de un curso sobre el origen y evolución del género novelesco en el que pasaba revista a los distintos planteamientos posibles del tema, un estudiante mayor que yo pidió la palabra al término de mi exposición y con voz acalorada me acusó de menospreciar a Marx. ¿Menospreciar a Marx? ¿Alguno de los allí presentes me había oído decir algo que pudiera juzgarse despectivo para el gran pensador alemán, fuera de que mi enfoque no sería el suyo sino el de los formalistas rusos, Jakobson y Benveniste? Nadie lo había oído, y el interesado puntualizó: bueno, de lo que se trataba era de tomar una posición clara en la lucha ideológica que se ventilaba en el Departamento entre el pensamiento burgués reaccionario y el socialismo científico. Recién llegado a aquellos parajes, pregunté ingenuamente quiénes representaban el primero y quienes eran exponentes del último. La respuesta fue contundente: reaccionarios lo eran todos y el «entrenador ideológico», el profesor R.B.

Como yo lo había conocido en París unos años antes e ignoraba que formaba parte del Departamento, al día siguiente, le dejé una nota en su casillero manifestándole mi extrañeza ante el hecho de que no me hubiera dado señales de vida. Su respuesta escrita era de antología. Desde el encuentro parisiense, nuestras vidas «habían tomado rumbos divergentes»: yo era uno de esos *radicales liberales* vilipendiados por Nixon mientras que él asumía el riguroso pensamiento científico de los padres del socialismo moderno. No me quedaba otro recurso que felicitarle por emprender la Revolución desde El Village y así lo hice deseándole suerte en el empeño. A partir de entonces nos limitábamos a intercambiar saludos y me olvidé de él.

A mi vuelta a Nueva York después de unos meses en Europa me enteré de lo ocurrido durante mi ausencia. En la defensa de la tesis de una bien aprestada discípula de R.B. para presentar nada menos que a Quevedo como un pensador progresista, la reacción

escéptica de los miembros del jurado provocó un desmayo no sé si real o fingido de la estudiante. R.B habló de «agresión intelectual» y llamó a una ambulancia. Luego supe que para sacárselo de encima sus colegas le habían recomendado vivamente a otra universidad para el puesto vacante de *chairman* y que se había instalado en ella en un brillante ejemplo de lo conocido por *to kick-up* (promoción, puntapié hacia arriba). También supe después que los nuevos colegas del profesor al que me refiero paródicamente en un capítulo de *Juan sin Tierra*, les habían enviado un escueto pero elocuente mensaje: «qué os hemos hecho para merecer semejante venganza?». Ignoro del todo la posterior y tal vez fulgurante ascensión del profesor R.B.

3. Estaba sentado con el periódico en un banco de Washington Square disfrutando del cariñoso sol invernal neoyorquino cuando se acomodó a mi lado un joven moreno de una treintena de años que tomé por un árabe. Llevaba un libro en la mano y no pude resistir la tentación de mirarlo de reojo. Era el Corán. Sacando fuerzas de mi natural reserva, le saludé en el idioma que creía suyo pero que no lo era. Lo siento, repuso, solo hablo inglés. Recuerdo que charlamos con interés mutuo: quería saber qué países había visitado y mi opinión sobre los musulimes. Al cabo de un rato tuve que despedirme de él. Debía impartir mi clase en un edificio de la cara sur del parque y, a solicitud suya, le di mis señas: un cercano hotel de apartamentos en el cruce de la Quinta Avenida con la calle Diez.

Dos días después, cuando me había olvidado de la charla, recibí una llamada de recepción. ¡Mi interlocutor del jardín me aguardaba en el vestíbulo! Me apresuré a tomar el ascensor y, tras estrecharnos las manos, le seguí a la calle en donde nos esperaba un vehículo. Me invitaba a cenar con unos amigos. Sin comerlo ni beberlo, me encontré sentado en el coche con tres desconocidos afroamericanos mientras el automóvil se dirigía a la autovía de la orilla este de

Manhattan para enfilarse hacia Harlem. ¿En qué lío me había metido y con quién estaba? Procuré conservar la calma y mantuvimos una conversación anodina no sé si sobre el tráfico o la meteorología. A la altura de la calle 125, torcimos a la izquierda y nos detuvimos ante un inmueble a oscuras. Me apeé con mis compatriotas y subimos a un piso en donde nos aguardaban tres o cuatro desconocidos más. ¡Era una reunión de Black Muslims deseosos de conversar sobre el Islam en Europa y en los países árabes! Agradeciendo interiormente mi buena estrella, me esforcé en responder a sus preguntas en la medida de mis pobres medios. No recuerdo otra cosa de la cena *halal* que los murmullos y risas de las mujeres en un salón contiguo y la gran fotografía de Muhammed Alí que presidía el comedor.

¡En mis años de profesor lo improbable era real en El Village!